

Aparatos rústicos para sostener los niños

mucho, y que tiene por título el nombre de aquel insecto. Es la caja de ahorros que cuenta hoy día con más capital y con mayor número de asociados.

En el número de las instituciones que buscan el bien material y moral, hay naturalmente algunas patronales, cuyo objeto es que los obreros obtengan el bienestar y la dignidad de la vida. En general comprenden todo un sistema de auxilios, de educación y de ahorros para ciertas clases de trabajadores por las mismas casas que los emplean. Entre estas últimas, una de las más completas es la filatura de Mr. Walter Seitz. Tanto de esta fundación como de otras semejantes se pueden ver *facsimiles* minúsculos en la exposición de que hablo. En uno de ellos me he complacido en admirar su acertada disposición: las casitas con sus tejados rojos, los jardinillos, la iglesia, la fuente, el hospital, la biblioteca, los baños; y en una palabra, todo cuanto puede necesitar un pueblo de obreros. La humanidad y la filantropía han presidido en todo esto; y no obstante, el conjunto tiene un aspecto como de penitenciario y de geométrico, un carácter triste hasta cierto punto.

Y es que la vida social, en efecto, no tiene mucho de alegre, por más que haya individuos que hicieron fortunas prodigiosas después de no haber contado apenas con lo suficiente para vivir, como el riquísimo americano Mr. Dolge, que ha

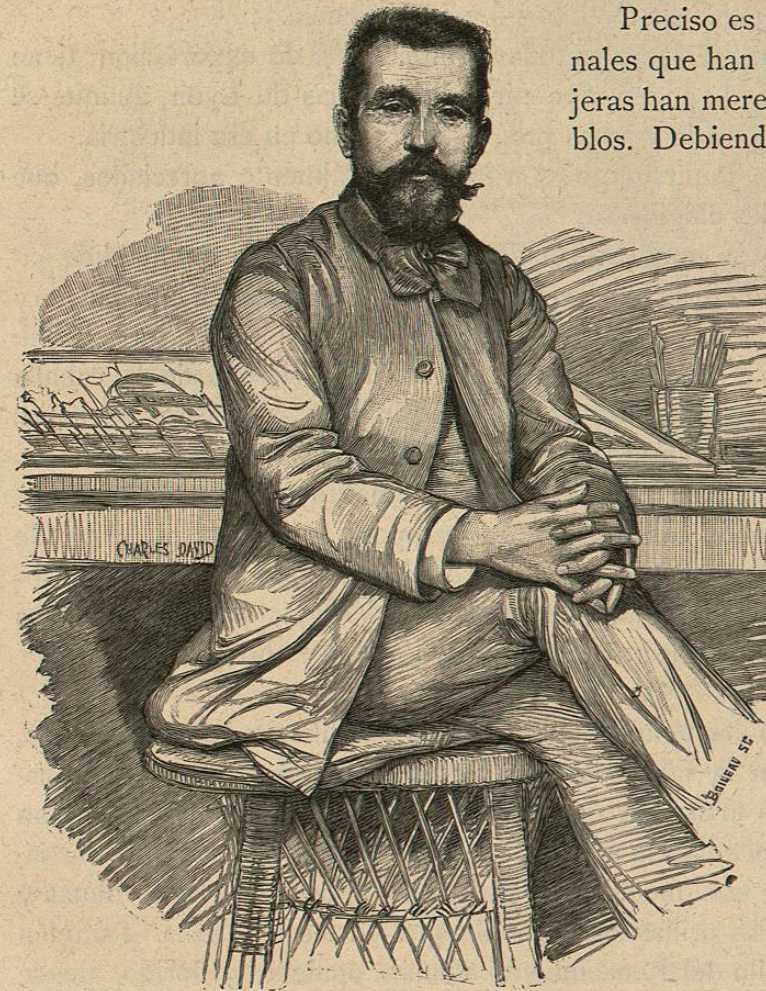
expuesto en este pabellón dos ó tres monedas junto á un fardo de papel con la siguiente inscripción: «Estas monedas representan todo el haber de Mr. Dolge cuando desembarcó en Nueva York en 1866, á la edad de 17 años (valor ocho pesetas); y el fardo contiene cien paquetes de mil hojas, figurando billetes de Banco por valor de cincuenta y un millones ciento veinticinco mil pesetas, capital efectivo con que hoy cuenta Mr. Dolge.» Este hombre afortunado no se contenta con alojar y vestir á sus obreros á bajo precio, sino que hasta ha construído un teatro y un club para ellos... Esto es muy hermoso, pero los Dolge escasean.

Tal es la impresión con que se sale después de visitar el palacio de la *Economía social*. Ved las monedas de cobre y los céntimos convertidos, como por arte de magia, en billetes de mil pesetas: ¡este es el destino de algunos! Trabajar sin descanso todo el día para no tener siempre el derecho de fumar tranquilamente por la noche y solazarse durante una hora: ¡he aquí el destino de la inmensa mayoría!

MAURICIO TALMEYR

PASEO POR LAS SECCIONES EXTRANJERAS

RUSIA. - AUSTRIA. - HUNGRÍA. - SERVIA.



M. BOUVARD, arquitecto del Palacio de las Secciones industriales

Preciso es confesar que los comités nacionales que han organizado las secciones extranjeras han merecido bien de la unión de los pueblos. Debiendo luchar durante largos meses contra las coaliciones de las influencias oficiales, han conseguido agrupar las buenas voluntades diseminadas, y cada país se halla representado al fin honoríficamente. No tratemos de indagar si en otras circunstancias se hubiera podido hacer mejor. Aunque la participación de los extranjeros en nuestro congreso nacional no hubiera servido sino para demostrar la fuerza de la iniciativa privada, esto sólo sería ya un gran resultado.

Pero sin más preámbulos, comencemos nuestro paseo por la sección rusa.

Entre las muestras de cuero, de olores fuertes, que se ven al entrar, y las monumentales pieles de acres ema-

naciones, con que un curtidor de San Petersburgo ha tapizado el fondo de la sección desde el suelo hasta la bóveda, los escaparates rusos apenas contienen sino cosas de aspecto severo, excepto los bordados y encajes de hilos de color, que son una industria doméstica, los preciosos veladores, los adornos de lapislázuli y malaquita para chimeneas y escritorios, y los bronce de Chopin, merecen especial mención, aunque sean conocidos desde hace largo tiempo de los aficionados al arte. Aquí faltan del todo las chucherías de cuero, los pequeños objetos de cristal, y todo cuanto comunica á la sección austro-húngara un aspecto alegre y risueño. Se reconoce el trabajo de un país nuevo aún, donde las primeras generaciones de una clase media apenas han pedido al arte nacional los objetos decorativos y de adorno que embellecen el interior de sus

moradas. Sin embargo, se puede afirmar que la tendencia rusa es ahora esencialmente *nacional*. Hay literatura, pintura y música rusas, y es indudable que el nacionalismo reinará muy pronto en todo el dominio industrial.

Las industrias metalúrgicas y mineras no están representadas en la Exposición proporcionalmente á su importancia.

Pero uno de los productos más interesantes y variados de Rusia es el tejido de las telas: comprende una infinidad de especialidades, lanillas, algodones, indianas, sedas y terciopelos, cuyas muestras son muy numerosas en el Campo de Marte.

El tejido de las lanas y del pelo de cabra es una industria doméstica de las más extendidas en dos provincias del país, en Orenburgo y en Voroneje.

En cuanto á la seda rusa (*kanaouss*) no es todavía un artículo de exportación: tiene solidez y brillo, pero dista mucho de poder competir con las sedas de Lyon, aunque se hacen grandes esfuerzos para mejorarla y se ha progresado mucho en esa industria.

Los bronce de Chopin (San Petersburgo) son tan universalmente apreciados, que no es necesario aquí hacer grandes elogios.

La sección rusa, sin embargo, se completa con dos adicionales: una extremidad de galería en el palacio de las Artes, donde se han reunido á objetos de biblioteca la medicina y los instrumentos musicales, y una casa de campesino, construída no lejos de la torre Eiffel.

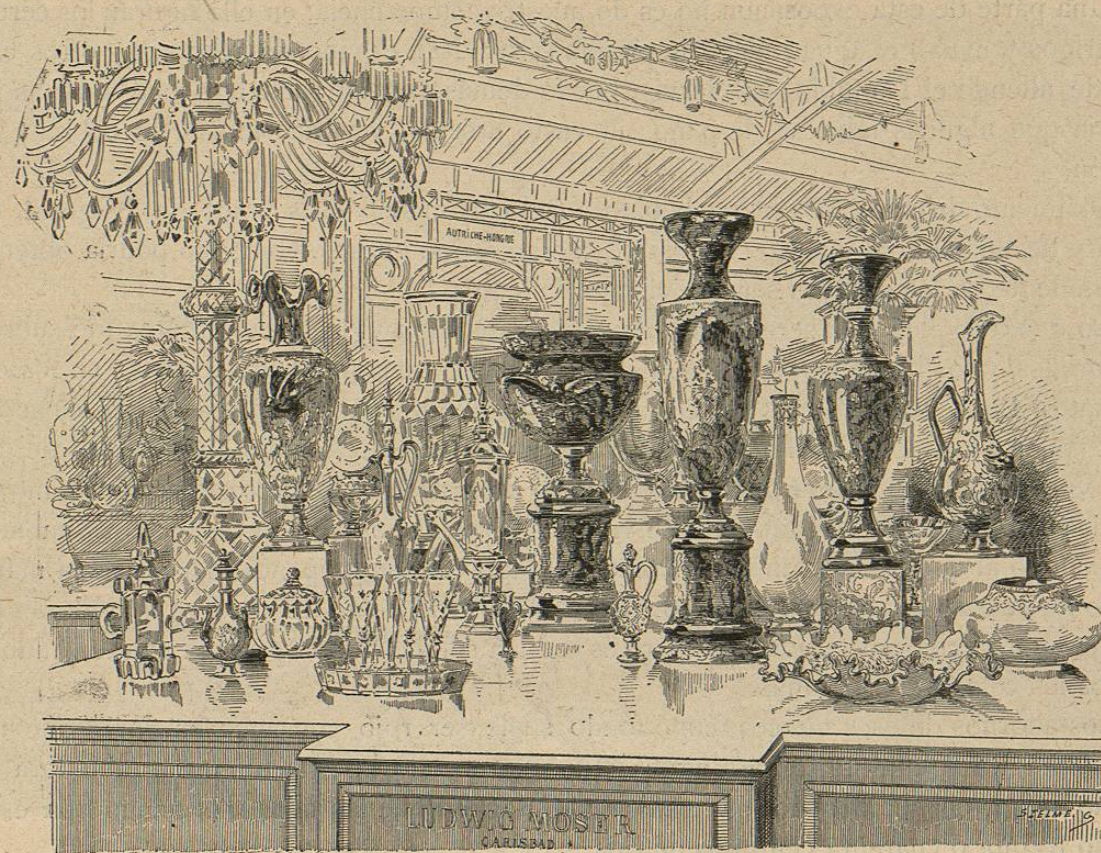
Esta *izba*, reproducción exacta (excepto la gran estufa de invierno) de la cabaña rusa, se compone de pedazos redondeados de troncos de pinabete, dispuestos en líneas horizontales; una puerta con varias pinturas primitivas, cuatro ventanas pequeñas con postigos pintados de verde, y dos bancos en el umbral, constituyen todo el exterior. Dentro se ha instalado la exposición colectiva de los campesinos de Troitza, cerca de Moscou, que se dedican principalmente á la escultura religiosa y tallan en la madera diminutas estatuas, dípticos y trípticos, según las figuras de la Virgen, de Cristo y de los santos, cuyos tipos inmutables han impuesto los monjes del monte Athos.

El comité austro-húngaro no ha tenido que vencer menos dificultades que el ruso; y por lo mismo vamos á lamentar la falta casi completa de las grandes casas de construcción de coches y de muebles artísticos, que expusieron el año pasado en Viena un gran número de modelos, los cuales habría sido interesante comparar con los de Francia.

Por eso no podemos conocer esos muebles de estilo churrigueresco cuyas volutas y rocallas están más de moda en las orillas del Danubio que en las del Sena. También habríamos visto muestras del estilo del Renacimiento alemán, opulento y florido, que se desmaterializó bajo el cincel de los vieneses, aunque no lo bastante para el gusto ático. En cuanto á los muebles modernos, la industria austriaca no nos hubiera satisfecho más que las otras, ni enseñado tampoco nada nuevo; lo mismo en ella que en las demás, habríamos reconocido la imitación japonesa, pero pocas señales de invento original.

En ese arte de trabajar la madera, lo más notable que vemos en el Campo de Marte son los grandes tableros de marquetería, de hábil ejecución, ya que no de un gusto muy sobrio y puro; pero los vieneses son muy aficionados á complicar y sobrecargar.

Si Klein no hubiese venido á remediar la timidez general de los tafileteros, la sección austriaca se habría visto privada de la industria vienesa por excelencia; la de las carteras, petacas, tarjeteros, neceseres, etc. El pequeño pabellón de Klein contiene por fortuna bastantes muestras de esos objetos de cuero con cantoneras de metal é incrustaciones de esmalte, y cuero de diversos colores, trabajado de mil maneras para dar una idea



Sección austro-húngara: cerámica y cristalería

clara, si no completa, de la tafilería vienesa. Esta industria no va en zaga á la francesa en cuanto á las formas caprichosas, la coloración y los ornamentos accesorios.

La misma observación puede aplicarse al calzado de mujer tal como se comprende en Viena, y tal como se halla en ciertos escaparates de la sección austro-húngara. Con frecuencia se ven bordados de seda de color muy vivo sobre cuero; y adornos con pequeñas facetas de cristales de diversos tintes, de un refinamiento algo... bárbaro.

La parte mejor provista y más brillante de la exposición austro-húngara es aquella donde están la cristalería y la cerámica.

Cinco ó seis grandes fábricas de Bohemia y de Hungría han enviado muestras de vidrio y cristal, menos atormentadas que las demás industrias del arte austriaco de esa redundancia de adornos y colores.

Fuera del clásico vidrio ó cristal grabado en relieve sobre fondo rojo ó amarillo pálido, la antigua Bohemia nos presenta objetos á que se han comunicado sus colores por medio de la aplicación de esmaltes traslúcidos, que figuran en toda clase de adornos, plantas, mariposas, animales naturales ó fantásticos, rodeados de una línea dorada que da al conjunto mayor realce. Aquí se notará el estilo particular del ornamento húngaro, que sólo emplea tres ó cuatro colores bien marcados, rojo, azul, verde y amarillo, afectando formas tomadas de la flor, estilo bastante curioso en su singularidad.

La exposición servia debe sernos doblemente simpática porque la Servia es uno de los raros países donde gobierno y nación se pusieron de acuerdo desde el primer instante para tomar parte en el Congreso universal del Centenario de 1889.

Una parte de esta exposición no es de nuestra competencia: en ella figuran los cereales (trigos y maíz), el aguardiente de ciruela (slivovitz), el vino de Negotin y otros caldos de allende el Danubio. La Servia, por lo demás, es un país agrícola, sin más industria que algunas fábricas de paño, un vasto arsenal, y varias minas de cobre y de carbón.

Solamente diremos, por haber bebido en el país mismo esos vinos de Negotin, de Jispa y de Semandria, que no carecen de cuerpo, y que nuestro comercio podría obtener seguramente de los viñedos servios vinos excelentes.

Lo que más alegra la sección son los tapices de Pirot y de Krouchevat, que cubren las paredes, y los bordados de las camisas, servilletas y chaquetillas expuestas en los escaparates. La industria de los tapices es puramente doméstica: muchas campesinas de Pirot (pues Pirot no es más que un pueblo grande) fabrican á mano esos tapices de colores vivos, que venden por sí mismas á diez ó doce pesetas el metro. He aquí cómo se practica esa fabricación según yo la he visto: la obrera tiene ante sí un telar rudimentario, análogo al que usan las mujeres árabes; por una cadena perpendicular pasa á la mano el hilo de la trama, y agrupa ésta con una especie de peine de madera muy dura. El trabajo avanza con mucha lentitud, pero es de una solidez á toda prueba, manteniéndose frescos los colores de las lanas.

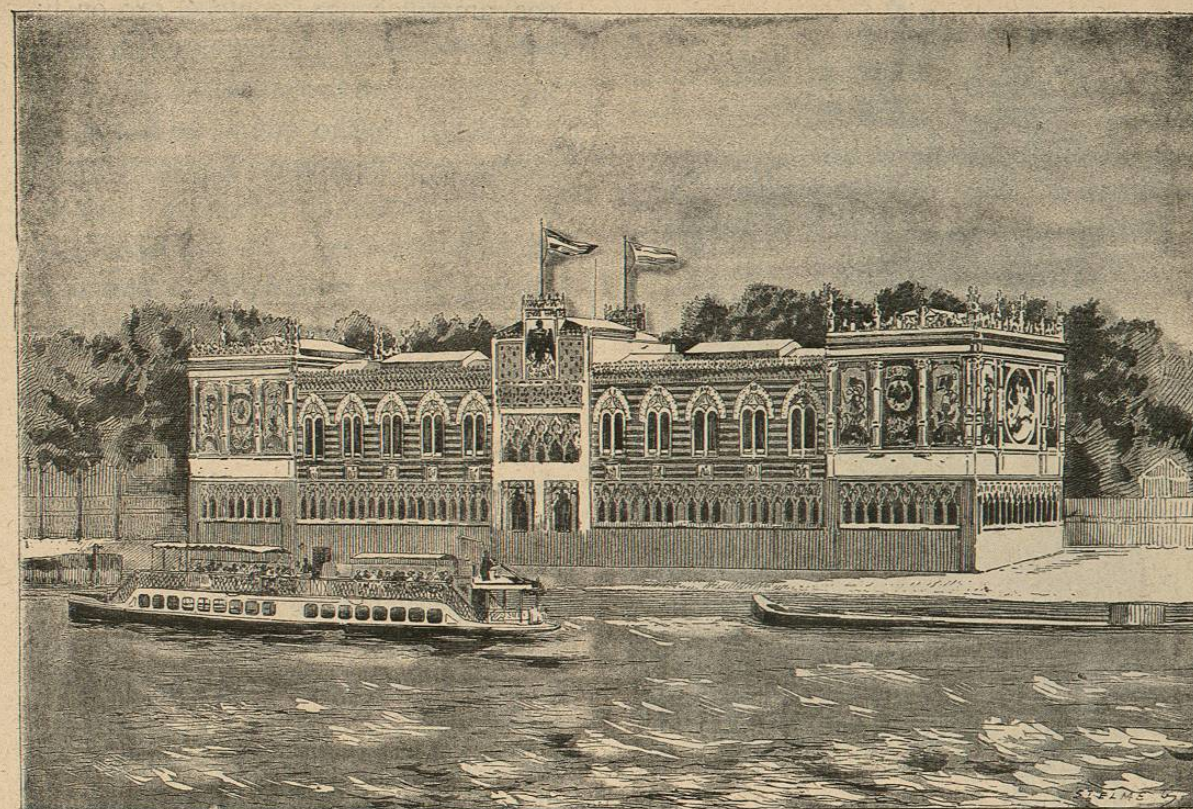
Los adornos de esos tapices, cuyo fondo suele ser rojo, consisten en flores que no pertenecen á ninguna flora ni á ningún estilo, pareciendo inventados por la tejedora, ó cuando menos concebidos por la tradición. Calcúlase que las tejedoras ganan con este trabajo treinta ó cuarenta céntimos diarios.

T. LINDENLAUB

ESPAÑA Y PORTUGAL

El palacio de la sección española, bastante curioso como arquitectura, es de estilo muzárabe, del género de los edificios y monumentos históricos que vemos en Toledo. El señor Mérida, á quien el gobierno español había confiado la restauración de estos mismos monumentos, ha sido el arquitecto, y á fe que no se podía elegir persona más competente.

Al entrar cautivamente unas muestras de porcelana, y dejo á mis compañeros diseminarse, mientras que examino detenidamente los diversos productos de esa industria, buscando esos reflejos irisados, cuyo secreto se ha perdido, según parece, y que comunican un aspecto tan luminoso á las blancuras de la Alhambra de Granada. Y no pienso en el patio de los Arrayanes, donde se bañaban las sultanas, ni en el patio de los Leones, tan majestuosamente hermoso, ni tampoco en las pesadas puertas de cedro que se destacan sobre el bordado aéreo que reviste las paredes; no, repito que no pienso en nada de esto. Y es porque veo allá abajo, en una especie de bóveda, entre restos sin nombre, con los cuales se mezclan un cofre árabe, tal vez regalo de algún rey moro á su favorita, y un retrato de Isabel la Católica, que por sí solo sería la joya de un museo, una magnífica vasija, pendiente de alambres, fabricada con ese mismo barro en que los artistas modelaban á su gusto un rayo de sol.



El Palacio de España (muelle de Orsay)

Voy, pues, al azar deteniéndome ante los productos expuestos por Sevilla, entre los cuales figuran enormes barras de regaliz negras como el azabache: es curioso que la provincia más alegre del mundo, esa Sevilla inundada de sol, deliciosa por sus serenatas, y perfumada por sus flores, se haya complacido en dar esa nota sombría.

La «Dulce Alianza» ha enviado cajas de confites, adornadas de papel encaje, divisas é imágenes pretenciosas, de una ingenuidad seductora. El arte de la confitería y de la pastelería están aún atrasados allí, y las golosinas que el pueblo prefiere no serían apreciadas entre nosotros: los huevos hilados figuran en primer término, pero su viscosidad y dulzura empalagan. Debo hacer una excepción para el mazapán de Toledo, lleno de almendras, y al que se comunica todas las formas, desde la de una flor inmensa, rellena de frutos confitados, hasta la de una enorme serpiente enroscada. El mazapán es delicioso.

Sin embargo, de buena gana hubiera comido algunas almendras azucaradas si no me hubiese opuesto un obstáculo el cristal del escaparate; y también un poco del chocolate que tan perfectamente preparan y sirven las gitanillas del barrio de Triana.

Varias personas pasan á mi lado murmurando «que los cereales son lo mismo que en todas partes, y que los jamones de Madrid no parecen bien ahumados.» Tal vez no lo estén ni poco ni mucho; pero esa gente no había visto, como yo, descortezar con hábil mano un pernil, para cortar después lonjas tan delgadas como el pétalo de una flor. Esos que critican y han venido á esta Exposición con la esperanza de hallar cosas que no conocían ya más ó menos, debieron quedar chasqueados.

Entretanto sigo examinando todos los objetos. Llama mi atención, sobre todo, un olivo argentado del cual se han suspendido tres grandes vejigas llenas de aceites diver-